

Una desaparición sin resolver.
Un verano que nadie quiere recordar.



EL FARO NUNCA OLVIDA

L.F. LAUREN

El faro nunca olvida

L. F. Lauren

El faro nunca olvida

© [L. F. Lauren / Laura López Fernández]

Primera edición 2026

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9798247080701

Diseño de cubiertas: Laura López Fernández

Maquetación: Laura López Fernández

Corrección de estilo y ortotipografía: José López Falcón

Nota de la autora: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

*Para mis padres, que ya están
advertidos de que no soy Emma.*

*Cualquier parecido con la realidad
es solo un truco para hacer la ficción más creíble.*

Acerca de L. F. Lauren

L. F. Lauren (Getxo, 1985), es autora de dos libros de *marketing*, y ahora se adentra por primera vez en el territorio de la ficción.

Lectora apasionada de novela policíaca, de misterio y de *domestic noir*, su imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y el análisis minucioso de casos de *true crime*. Esa pasión se traduce en una escritura que busca lo que ella misma exige como espectadora: capítulos adictivos, repartos de pocos personajes con voces profundas, giros inesperados y tramas tan cotidianas que resultan inquietantes porque podrían ser reales.

En su universo narrativo siempre parece que es otoño. Le atraen los escenarios sombríos, la lluvia y las historias que diseccionan la anatomía de la traición y el peso asfixiante de la culpa, elementos que hilan la trama de Isla Ballena.

Web: escritoralauren.com

Instagram: @lauralofer

Banda sonora del libro

Canciones que huelen a salitre y traición que nos arrastran a los veranos de los 2000. Una mezcla de pasado y presente, de drama adolescente y suspense adulto.

Escanea el código para acceder a la lista de canciones de [Spotify aquí](#).

Dale al *play* si te atreves a revivir el pasado.

Parte I

Emma

Capítulo 1

Primavera de 2025

Jueves

Me van a drogar con fentanilo. Y lo peor no es eso, sino que yo, *doña Antidrogas*, haya aceptado con una sonrisa.

Sin embargo, aquí estoy, en una consulta que huele a gel hidroalcohólico, sentada frente al anestesista y asintiendo como si me pareciera lo más normal del mundo.

Aunque me explica que usan una combinación mínima de fentanilo con otros sedantes más suaves, el nombre me retumba igual en la cabeza.

—Será una sedación leve —dice, con una sonrisa tan profesional como inquietante.

—Vale, pero... ¿diré tonterías cuando me despierte? —respondo, mientras mi cerebro repite en bucle: «¿Fentanilo? ¿El de las noticias? ¿El que tiene enganchado a medio Estados Unidos?».

—No tienes de qué preocuparte, Emma, será como echar una cabezadita. Lo que notarás es una sensación suuuuperplacentera. Y luego te darán un buen desayuno. Mientras tanto, sigue con la dieta hasta el día de la extracción. Con treinta y nueve años no puedes tener la tensión por las nubes si te quieres quedar embarazada. Además, te sobran unos cuantos kilos.

Bueno, esto último no lo dijo así, aunque casi.

El caso es que me encantaría explicarle que llevo una vida luchando contra mi peso y en dieta permanente por un intestino irritable que me ha puesto en situaciones incómodas más veces de las que me gustaría.

Lo que realmente me preocupa es otra cosa: no me gustan las drogas. Ni siquiera me gusta sentir ese punto de borrachera ligera que a todo el mundo le parece divertido (y que en su día a mí también me lo parecía). Yo ya tuve mi época de salir, divertirme y desinhibirme. Ahora llevo veinte años prácticamente sin tomar alcohol, salvo alguna cerveza artesanal, de manera muy esporádica. Simplemente me gusta tener el control, y que me seden y no saber qué va a pasar cuando me despierte... me agobia.

Que sí, que ya lo sé, que esto es seguro, que es una dosis mínima y el equipo médico está más que acostumbrado. Aun así me da respeto. Quizá sea porque,

a estas alturas, he aprendido que todo lo que empieza con un «no va a pasar nada» suele tener truco.

Durante la consulta me vibra el móvil. Lo miro de refilón y veo un mensaje de un amigo de la adolescencia, periodista y cotilla. Le encaja bien la profesión. Si quieres saber algo de alguien, pregunta a Isaac.

¿Has visto esto?

Paul me da un codazo para que deje de mirar el móvil y atienda al anestesista.

Esto es muy importante para él. Después de tres años intentando quedarme embarazada de forma natural, dentro de unos días me harán una punción para extraerme los óvulos de mis pequeños y mustios ovarios para hacer una fecundación *in vitro*.

Le di muchas vueltas, dada la insistencia de Paul, mi marido, por probar esto como última opción. Así que aquí estoy, gastando mis ahorros para ser madre sin haber tenido nunca ese instinto que tantas mujeres describen como si fuera una vocación desde que nacen.

Paul y yo nos conocimos hace seis años y nos casamos hace tres. Es enfermero, rubio, alto, hercúleo y un par de años mayor que yo. Sabe cuándo hablar y cuándo simplemente quedarse a mi lado. No se asusta por mis

rayadas mentales o mi mala leche. Es muy extrovertido y le encanta hablar con todo el mundo. A mí, sin embargo, socializar me drena la energía. No soy una ermitaña, ojo, pero prefiero estar en grupos más íntimos de gente y tener conversaciones más profundas y relevantes.

Paul nunca dramatiza, no como yo: cuando discutimos, él suele mantener la calma y yo todo lo contrario. Menos mal que no es el típico que escala las discusiones. Además, se le suele pasar rápido el enfado, mientras que a mí me dura el comecocos mental días.

Por primera vez en mi vida —tras varias relaciones que no terminaron bien, una muy larga que nunca debió empezar— me siento realmente acompañada, querida y respetada.

A ver, Paul no es perfecto. A veces tengo la sensación de que no termina de entender todo lo que pasa en mi cabeza. Cuando le hablo de ciertas cosas —el miedo, la ansiedad, las dudas— suelta un «todo irá bien» y cambia de tema. Lo hace con buena intención, pero me da mucha rabia. Para él parece que todo siempre es más sencillo y a veces pienso que soy demasiado complicada.

Por otro lado, no sé cómo se aclara con los turnos tan variados que tiene en el hospital. Porque es desordenado, muy desordenado: para la ropa de su armario, las cosas de casa, la agenda..., aunque puedo soportarlo. Me lo repito

cada vez que entro en su cuarto, donde tiene su colección gigante de juegos de mesa, y veo todo tirado como si hubiera estallado una bomba. Parece el cuarto de un adolescente. Y no, yo no voy a recogerlo.

Lo que no le perdonaré nunca es su alergia a los gatos. Por eso no podemos adoptar uno. Esa es la peor parte de estar con Paul. Así es la vida.

Salimos de la consulta y, mientras espero el ascensor, abro el móvil para apuntar la nueva cita en el calendario. Lo dicho, si yo no organizo no lo hará nadie.

Reviso la conversación de Isaac, con varios mensajes sin leer. Me envía un enlace del periódico local de la isla, esa en la que veraneaba de adolescente y que no piso desde hace veinte años:

*Encontrada sin vida una vecina de cuarenta años
detrás del faro, junto al acantilado.*

Mi primer impulso es dejar el móvil y hacer como si no hubiera visto nada, seguir con el día, pensar en las hormonas, en el calendario, en lo que voy a comer...; sin embargo, el cuerpo ya ha respondido antes que yo: las manos me sudan, la garganta se me cierra, me tiembla la pierna derecha.

Entonces, justo debajo del titular, Isaac me envía otra imagen, una esquelita. La reconozco al instante, aunque lleve sin verla desde los diecinueve.

Leo su nombre y es como si se abriera una trampilla dentro del estómago: es Jessi.

El ascensor llega. Me quedo clavada en el suelo mientras Paul me habla. Yo apenas le escucho.

—¿Entramos? ¿Qué pasa?

De pronto, la isla vuelve a estar aquí, dentro de mi cabeza, con su faro, su puerto, su olor a salitre, el calor pegajoso de verano y su historia a medio cerrar.

Jessi fue muchas cosas: amiga, líder, problema. Fue quien me dio la bienvenida al grupo... y quien me echó de él.

La última vez que la vi fue el verano de 2005, aquel en el que nuestra amiga Lena desapareció la noche de su cumpleaños y no supimos más de ella.

Y yo... Yo llevo desde entonces preguntándome qué pasó realmente esa noche y por qué tengo tantas lagunas. Siempre he creído que no fue solo por el alcohol, que alguien me dio algo, que algo más ocurrió.

Hay una idea que siempre he temido y que ahora empieza a empujar desde el fondo: ¿y si algún día lo recuerdo todo? ¿Y si lo que recuerde no me deja vivir en paz?

Capítulo 2

Viernes

He llegado antes a la mercería, no por trabajo ni por ganas. Hoy necesito refugiarme entre lanas porque no he dormido nada. La muerte de Jessi me ronda la cabeza desde ayer. Revivir mi pasado en la isla me está generando mucha ansiedad.

Por suerte, hoy tengo sesión *online* con mi psicóloga. La había reservado hace tiempo, así que aprovecharé para conectarme desde aquí antes de abrir al público.

Mientras llega la hora de la sesión, estoy con las cuentas trimestrales, que me tienen frita. Me recuerdan a aquellos años en el banco: hojas de cálculo, balances y dolor de cabeza.

Lo mío es estar entre lanas y agujas de tejer, por eso abrí este negocio hace dos años, con mucho esfuerzo y sacrificio, y con el apoyo de Paul. Él siempre me ha dicho que soy una emprendedora nata, es quien me animó a dejar el banco para meterme en este jaleo.

Montar la mercería fue un sueño, aunque hay días como hoy en los que ni entre lanas encuentro paz.

En breve comienza la sesión. Hace años que hago terapia, ahora una vez al mes, otras veces con más o menos frecuencia. Depende de cómo me sienta. La verdad es que el tema de la búsqueda de embarazo me está desgastando mucho, me ha reactivado muchos miedos y heridas del pasado. De todas formas, creo que he avanzado bastante hasta ahora.

—Bueno, cuéntame, Emma —me dice mi psicóloga nada más verme.

Trago saliva. No sé si quiero abrir este melón, pero me salen las palabras solas.

—Pues ha muerto Jessi. Ayer. No he dormido nada dándole vueltas a toda esa época.

Ella asiente despacio. No necesita que le diga quién es, sabe de sobra todo lo que esa chica representa para mí.

—Vaya... Siento mucho oír eso. Imagino que te ha reabierto muchas heridas.

—No quiero sonar fría, el caso es que no sé si me afecta su fallecimiento. Me da un poco igual, la verdad, no hablábamos desde hace veinte años. Pero anoche no paraban de venirme imágenes de entonces. Me imaginaba a mí misma contestando, defendiéndome, plantándoles cara, en lugar de quedarme callada como siempre.

—Tiene sentido, fue una etapa muy dolorosa, y aunque en su momento no fueras del todo consciente, te pasó factura, y mucha.

—A veces no entiendo cómo permití que me trataran así.

—Porque eras una adolescente muy insegura que intentaba encajar como fuera. Recuerda lo que hemos hablado tantas veces: el intestino irritable no apareció de la nada. Era tu cuerpo gritando lo que tu mente no sabía cómo decir. Todo lo que te callabas por agradar, por no molestar, tenía que salir por algún lado.

Asiento en silencio.

—Llevas mucho recorrido en terapia. Has aprendido a identificar lo que sientes, a poner límites, a pedir lo que necesitas; sin embargo, hay un capítulo que sigue abierto: el de la isla, el de tu amiga Lena.

Cierro los ojos al oír su nombre: Lena... La veo tan clara... Su sonrisa, su energía, esa forma suya de querer comerse el mundo. Y luego, todo lo que vino después.

—No quiero volver allí, solo pensar en ese sitio, en esa época, me estresa. La idea de cruzarme con alguien del pasado, por lo que pueda decir o por lo que yo pueda sentir... Me da miedo acabar con un ataque de pánico en mitad del puerto.

—Lo entiendo, pero sabes que evitar lo que nos da miedo solo hace que crezca más. Esa parte está muy bloqueada en ti. Y nuestra regla es clara: hay que *evitar evitar*.

Me lo ha dicho muchas veces, aunque hoy suena distinto, más serio, más urgente.

—Y ahora, con todo lo del embarazo... —continúa—. Sé que suena místico, pero el cuerpo escucha. Si hay una parte de ti que tiene miedo de ser madre, que no se siente capaz, que teme repetir patrones, ese miedo puede estar influyendo más de lo que crees.

—¿Piensas entonces que mi cuerpo está diciendo no al embarazo sin que yo me dé cuenta?

—No de forma tan literal. Aunque sí creo que, si hay heridas abiertas, el cuerpo lo nota. Y esa tensión bloquea. Es importante que sigas preparando a tu cuerpo y tu mente para que puedan recibir.

Tiene razón, siempre la tiene. Soy el ejemplo perfecto de cómo la mente y el cuerpo se comunican sin palabras. Recuerdo mi primer cólico fuerte: llegó justo después de una mañana en la playa con las chicas de la isla, una de las tantas veces en las que soporté comentarios irrespetuosos sobre mi cuerpo y me mordí la lengua para restarle importancia.

—Quizá sea momento de cerrar ese capítulo, de dejar de huir y empezar a sanar de verdad. Por la mujer que eres ahora, por la madre que podrías llegar a ser.

—A veces no sé si realmente quiero ser madre o si solo quiero demostrarme que puedo, como si tuviera que ganarme ese derecho.

—¿El derecho a qué?

—A cuidar de alguien, a hacerlo bien, a no repetir errores, a no pasarle mis miedos...

—Nadie nace preparada para esto. Ser madre no se trata de perfección, sino de presencia y de vínculo, y tú tienes mucho más trabajado ese terreno que muchas personas que se lanzan solo porque lo han soñado desde siempre. Soñaban con un bebé, luego el bebé crece... y eso no lo habían pensado.

—Ya... También se me quitan las ganas cuando veo a algunas de mis amigas con sus hijos. En fin, no sé qué hacer.

Respiro hondo. Tengo las manos frías y sudadas.

—Tenemos que trabajar esas dudas...

—Ya... Sé que en realidad son miedos, no me voy a echar ahora atrás.

—Vamos a seguir por ahí entonces. Imagina que tu confianza y tu seguridad son un músculo. ¿Crees que volver a la isla lo fortalecería o lo debilitaría?

—Supongo que lo fortalecería. Sé por dónde vas y me agobio solo de pensarlo.

—Entonces, vamos poco a poco. Si tuvieras que acercarte a ese miedo, ¿cuál sería el paso más pequeño que podrías dar sin que te desbordara? ¿Qué sería lo mínimo que podrías soportar ahora mismo?

—No sé, tal vez ir un solo día al piso de veraneo de mis padres —digo, pero enseguida siento que me he precipitado.

¿Por qué he soltado eso? No estaba en mis planes. Solo pensarlo me da un vuelco el estómago.

—Llevan tiempo pidiéndome que revise las cosas que tengo allí antes de reformarlo, por si quiero quedarme con algo —añado, como si intentara justificarme.

En realidad no quiero ir, solo lo he dicho porque suena razonable, como un primer paso asumible.

Ya... ¿Asumible para quién?

Me conozco. Sé que cuando digo estas cosas en voz alta me obligo sin querer. Ahora ya lo he dicho y mi psicóloga ya lo ha oído.

Mierda.

—Eso puede ser un buen primer paso —dice ella con suavidad—. Lo importante es que lo hagas con intención. No desde la huida, sino desde el deseo de escucharte.

Asiento, aunque no estoy segura de estar preparada. Le he dado la respuesta demasiado rápido y solo pensar en volver me pone muy nerviosa. No sé para qué he abierto este tema hoy, si ya sabía por dónde iría su respuesta. Ahora me veo obligada a cumplir con lo que he dicho.

—Hay otra cosa que me ronda... —digo y sonrío con cierta ironía—. Parece que hoy vengo con ganas de que me metas caña.

Desde que estoy con Paul, que es tan sociable, tan abierto, siempre rodeado de gente, hablando con todo el mundo como si nada, me siento rara, como si tuviera una tara por ser tan distinta, por ser introvertida. Yo necesito espacios pequeños, pocas personas. Tengo muy pocos amigos, a veces pienso que le tengo miedo a la gente.

—¿Y tú crees que eres introvertida o tímida?

—Pues no sabría decirte la diferencia.

—Ser introvertida tiene que ver con cómo recargas tu energía. Puedes disfrutar de estar con gente, pero luego necesitas estar sola para volver a estar tranquila. No es que no te guste la gente, es que el exceso de estímulo te agota.

—Sí, eso me pasa muchísimo.

—La timidez, en cambio, es otra cosa, es más un miedo, una vocecita que te dice: «Mejor no digas eso. ¿Y si

haces el ridículo?». No es que no quieras estar con personas, es que sientes inseguridad, miedo al juicio y al rechazo. ¿En cuál te reconoces más?

—Buf..., creo que en las dos. Si pienso en mi adolescencia, en la isla y en cómo me siento ahora al ver a ciertas personas o al conocer gente nueva, claramente hay una base de timidez ahí. Y me da que llevo tiempo disfrazándola de introversión.

—Eso tiene mucho sentido. Quiero que recuerdes algo: ser introvertida no es un defecto, es una forma válida de estar en el mundo. El problema empieza cuando sientes que tienes que dejar de ser tú para ser suficiente, para merecer amor, respeto o atención. O para ser madre.

—Sí, tengo que trabajar eso.

—Vamos a hacer una cosa —dice—: durante estos días quiero que respondas a una pregunta: «¿Qué puedo hacer, conscientemente y voluntariamente, para sentirme más insegura o con más miedo a la gente?».

—¿Más insegura? —me río, sorprendida.

—Sí, tal cual, porque justo ahí, en esas respuestas que te salgan, van a estar las situaciones que más necesitas afrontar. Son las que te van a hacer ejercitar el músculo de la confianza. No se trata de buscar el miedo por el miedo, sino de elegir conscientemente salir de tu zona cómoda.

Sé que este tipo de ejercicios me sacuden y también sé que, cuando los hago, algo se desbloquea. Y tengo fuerzas para empezar a enfrentarme, de verdad, a mis fantasmas, como ya lo he hecho tantas otras veces.

Después de la sesión, salgo a despejarme. He venido a la cafetería de la esquina. Pido un descafeinado —la cafeína me da tembleques y luego no hay quien teja ni una fila.

Suena la canción *Man in the Rain* de Mike Oldfield en la radio, todo un clásico. Han pasado más de veinticinco años desde la primera vez que la escuché con Lena. Aún me encanta.

Alguien entra y deja una estela de perfume dulce, empalagoso, con ese fondo avainillado tan reconocible. Me suena... Es el que usaba Jessi.

De pronto, sin previo aviso, el olor y la canción me devuelven al verano del 2000. Tengo catorce años —quince en otoño—, estoy en la isla. Lo que aún no sé es que ese verano es el comienzo de todo.

Capítulo 3

Agosto 2000

Esta mañana en la playa hace solazo y la arena quema. Huele a mar, a crema solar de coco y a verano interminable.

Estamos Lena, Jessi, Ámbar y yo.

Lena y yo conocimos a Jessi y Ámbar el verano pasado. Tienen un año más que nosotras, y a esta edad un año se nota, la verdad.

Jessi es rubia, piel bronceada, delgada, alta, segura de sí misma, o al menos lo finge muy bien. Ámbar es su perrito faldero. Tiene el pelo castaño, ojos azules enormes, piel casi translúcida, y una voz suave y dulce cargada de veneno. Siempre suelta alguna pullita y se ríe como si no hubiera dicho nada.

Las dos llevan el pelo largo, *piercing* en el ombligo y tienen ese tipo de cuerpo que hace que se giren todos los chicos de la playa. Nosotras en cambio parecemos invisibles a su lado. A veces no entiendo qué pintamos con ellas ni por qué ellas siguen saliendo con nosotras.

Lena y yo somos más bajitas, de pelo oscuro —yo, con flequillo— y estilo sencillo: camisetas anchas de algodón, nada de maquillaje y algo de timidez en los hombros. Yo, además, soy «la gordita». Aunque nadie lo diga en voz alta, yo sí pienso, lo piensa todo el mundo.

Al lado de ellas seguimos pareciendo unas niñas, no solo por la edad, también porque todavía no buscamos gustar a los chicos. No coqueteamos, no medimos nuestros gestos ni nuestras palabras para atraer miradas. Al lado de ellas parecemos invisibles y, en parte, cómodas siéndolo.

Llevamos medio verano en la isla y lo estamos pasando muy bien las cuatro: mañanas de playa y *frisbee*, tardes de parque y música, y partidas eternas de cartas en cualquier rincón con sombra.

Estoy tumbada en la toalla y comparto los auriculares de mi *discman* con Lena para escuchar *Tubular Bells III* de Mike Oldfield. Ese disco salió hace dos años, pero sigue siendo nuestra banda sonora para relajarnos en la playa. Además, intento no pensar en si se me nota la tripa, si los pelos de las ingles se asoman o si tengo la cara roja por el sol.

—Si te pusieras un bikini en vez de ese bañador de abuela parecerías más delgada —me dice Jessi sin filtro,

sacudiéndose el agua del pelo como si fuera una modelo de anuncio.

Quiero creer que es un consejo, aunque en el fondo sé que no suena a eso.

Ámbar suelta una risilla y añade:

—Yo es que no podría estar como tú, porque lo quemo todo, ya sabes.

Silencio. Solo se oye el mar, las gaviotas y un grupo de niños tirándose al agua desde las rocas. Asiento y no digo nada para evitar tener un conflicto. Tengo un talento especial para fingir que no me sientan mal las cosas. Quiero caer bien. Además, con catorce años no sé todavía lo que significa poner límites.

Respiro hondo. Me repito que no voy a dejar que me afecte, aunque no quiero quedarme ahí con ellas ahora mismo.

—Me voy a casa, que me encuentro mal del estómago. Nos vemos después de comer —les digo, a modo de excusa. Una excusa que se volvió realidad y costumbre.

Se me escapan las lágrimas mientras recojo la toalla, solo quiero que no se note. Mientras camino por la arena, me doy cuenta de que no solo me duele el comentario, también me duele pensar que, de alguna manera, tienen razón: estoy gorda y doy pena.

—Os habéis pasado un poco, ¿no? —les dice Lena mientras recoge todo para venir conmigo.

Las otras dos se quedan ahí como si nada y Lena me acompaña a casa. Somos vecinas en la isla y amigas desde niñas.

—Otra vez con esos comentarios de mierda... Están obsesionadas con el peso —me dice Lena, con rabia contenida—, y no solo con el tuyo. ¿Te has fijado que ya no comen ni chicles? El otro día, después de la merienda de mi cumple, las escuché en el baño... No te lo dije, pero creo que estaban vomitando.

Me quedo callada. No quiero hablar mal de nadie, no quiero opinar, no quiero enfrentarme; solo quiero que me dejen en paz. Siento un nudo en la garganta. Me sorprende y no lo entiendo: si tienen lo que todas queremos, ¿por qué harían algo así? Quizá no son tan perfectas, o quizá solo lo parecen desde fuera.

—No sé qué le pasa contigo este año a Jessi —insiste Lena—, te busca las vueltas todo el rato. Y Ámbar le sigue la corriente como si no tuviera personalidad.

—Sí, pero es que tienen razón. Me gustaría estar delgada como ellas —digo.

Ahí se acaba la conversación.

Nos despedimos y subimos, cada una, a comer a su casa. Pensaba que ya había tenido suficiente por hoy, pero

me equivocaba. Lo que no sabía entonces era que esa tarde Lena también iba a decepcionarme.

Después de comer, Jessi y Ámbar pasan por nuestro edificio para ir al parque a pasar la tarde. Yo no tengo muchas ganas después de los comentarios de esta mañana en la playa, pero no quiero hacer la bola más grande, así que me uno al plan. Esta vez vienen con un par de amigas tuyas, también mayores que nosotras. Son chicas que se ríen para que se las oiga, que no te miran a los ojos al hablarte, como si supieran exactamente cómo funcionar en ese mundo nuevo al que nosotras apenas empezábamos a asomarnos.

Ya en el parque, Jessi se sienta en el respaldo de un banco, saca un cigarro del bolsillo del pantalón corto y lo enciende con un mechero rosa. Le da una calada rápida y se lo pasa a Ámbar, que fuma como si llevara años haciéndolo. Hablan de chicos, de fiestas, de alguna noche en la playa en la que claramente no estuve invitada. Yo me limito a escuchar.

Nos ofrecen a Lena y a mí. Yo digo que no con la cabeza. Lena duda un segundo. Las demás chicas la animan, insisten, se ríen con complicidad.

—Venga, no seas cría —le dice una.

Y entonces lo coge, da una calada corta y empieza a toser como si se estuviera ahogando. Por supuesto, todas empiezan a reírse sin molestarse en disimularlo. Lena se ríe también, como intentando restarle importancia, aunque le lloren los ojos, aunque se le nota incómoda. Se pasa el resto del rato muy callada. Creo que se siente un poco avergonzada. Siempre había rechazado el tabaco, así que no entiendo por qué esta vez ha entrado en su juego. Pensaba que le daba igual lo que pensarán de ella, que no iba a dejarse llevar por la presión del grupo, pero estaba bastante equivocada.

Yo no digo nada, pero algo dentro de mí se enfría. Por primera vez siento que Lena se aleja un poco, como si estuviéramos en lados distintos de una línea que hasta hoy no existía.

—Oye, vamos mañana a la cala de detrás del faro —dice Ámbar, mirando a las chicas nuevas.

Jessi sonríe, como quien ya ha decidido quién puede ir y quién no. No nos preguntan si queremos ir, tampoco nosotras fingimos interés, aunque por dentro algo se me encoge.

El resto del verano seguimos quedando con Jessi, Ámbar y las demás chicas para ir al parque. A la playa ya iban sin nosotras, Lena y yo hacíamos otros planes juntas, o eso intentábamos. A veces ni nos veíamos. A veces ella

decía que tenía cosas que hacer, o se iba sin avisar. Yo intuía que iba a la playa con ellas, pero no preguntaba.

El grupo se fue haciendo cada vez más grande. Se unieron algunos chicos del pueblo, más mayores, con motos y coches, y esa actitud chulesca que en aquella edad parecía magnética. Hablaban de escapadas a media noche, de alcohol robado, de porros, de noches que confundían diversión con peligro, y lo contaban como si fuera lo más normal del mundo.

Yo les escuchaba contar anécdotas que no había vivido, bromas que no entendía y poco a poco empecé a sentirme como una invitada en un grupo del que Lena ya formaba parte. Y yo... Yo estaba ahí por inercia, por ser la amiga de Lena, nada más.

Jessi era claramente el centro de atención y Ámbar no se separaba de ella. Eran las que mandaban, las que decidían qué se hacía, con quién y quién sobraba.

Esa tarde en el parque, cuando Lena dio aquella calada, no lo entendí del todo. Aun así, fue como ver cómo se abría una puerta y cómo ella daba un paso dentro. Yo me quedé fuera, mirando, y supe que ya no era lo mismo.

Capítulo 4

Hoy, viernes

El café se me ha quedado frío y no me sabe demasiado bien, aunque me da igual, lo que me ha removido no estaba en la taza. Estaba en aquella toalla, bajo el sol, hace veinticinco años... «Yo es que no podría estar como tú»...

Ahora veo fotos de esa época y alucino, ¡porque estaba estupenda!

Tenía catorce años, una piel sin estrías, una sonrisa tímida pero auténtica, un cuerpo sano, fuerte. No era perfecta, claro, me sobraba algo de peso y era más ancha que las demás. Tampoco tenía nada que arreglar, solo que entonces no lo sabía porque nadie me lo dijo, porque aprendí demasiado pronto a mirar mi reflejo con desprecio, como si yo no fuera suficiente por no verme como ellas.

No puedo evitar pensar si todo habría sido distinto en el caso de que aquella tarde me hubiera defendido. Porque, después de aquella frase vinieron muchos comentarios más, de muchos tipos, pequeños, sutiles y no tan sutiles, acompañados de una sonrisa o de un «lo digo por tu bien».

En los veranos siguientes, Lena se fue acercando cada vez más a Jessi y a Ámbar. Decía que se aburría si no íbamos a la playa, que allí surgían todos los planes divertidos, que si no iba se sentía excluida. Y tenía razón.

Esos años todo empezó a girar en torno a eso: estar en la playa, tener a quién mirar y que te miraran, como si eso fuera un escaparate. Enseñar carne era el objetivo, carne que yo no quería enseñar, no por pudor ni por principios, sino por vergüenza, por miedo al juicio.

El postureo ya existía en aquella época, aunque no hubiese redes sociales. Lo suyo era codearse con la gente guay, sentir que formabas parte de algo que no querías perderte, aunque no supieras del todo si querías estar allí. Aprendías a sonreír para no parecer borde, a asentir para no parecer insegura y a reírte de su mierda de chistes para que no se notara que estabas fuera.

Poco a poco, nuestra amistad cambió, sin dramas, sin gritos, solo con una distancia cada vez más evidente. Lena empezó a contarme menos cosas, yo también.

Aunque nos seguíamos llamando amigas y salíamos juntas, ya no éramos lo mismo.

No lo vi venir, pero aquel día de playa fue el principio de todo lo que vendría después.

Dije tantas veces que no me gustaba la arena, ni el sol, ni el salitre, para evitar ir a esos planes y que me juzgaran, que me lo creí. Y no era verdad. Nunca lo fue.

Me encanta el mar y la playa. Me encantaba entonces, pero aprendí a decir que no porque era más fácil que soportar la vergüenza. Aprendí a esconderme y a tragar con todo, y en ese escondite se me pasó la adolescencia.

Qué rabia pensar en todos esos veranos que dejé que me robaran...

Venga, suficiente descanso, vuelvo a la tienda.

Justo al salir de la cafetería, el móvil vibra.

Un mensaje. Es de Isaac:

Estoy en la isla. Sé que hace mucho que no vienes, que te trae malos recuerdos y que te lo estoy diciendo con poco margen, pero ¿te apetece que nos veamos esta tarde aquí? Tengo algo que contarte, algo raro. Tiene que ver con lo de Jessi. No puedo acercarme a la ciudad hoy, he quedado con otra persona y tengo un par de cosas pendientes aquí. Ya te contaré. Te llamaría, pero

es largo de explicar. Además, hace mil que no nos vemos. ¿Te animas a venir?

Respondo deprisa:

¡Qué raro tú por allí! Pensaba que seguías fuera recorriendo el mundo. Yo también tengo ganas de verte. Justo mis padres llevan semanas pidiéndome que pase por el piso de la playa. Quieren reformarlo y necesitan que revise qué cosas quiero guardar antes de empezar la obra. Lo he ido posponiendo, ya sabes. No he vuelto desde lo de Lena y no me apetece cruzarme con la gente. Déjame que lo piense, me acabas de dejar con la mosca detrás de la oreja.

Parece que voy a tener que empezar a hacer el ejercicio de mi psicóloga antes de lo que esperaba. No puedo decir que no. Tengo que *evitar evitar*.

En el fondo, lo sé, tarde o temprano tenía que volver.

A las dos cierro la tienda y vuelvo a casa. Huele rico, a refrito de ajos y comino.

—¡Mmm! Huele a comida india —digo al entrar en casa.

Paul ya ha puesto la mesa y la comida está servida: pollo *tikka* masala con arroz. Es un cocinillas y me encanta.

—Vamos, siéntate, que se enfría —dice—. ¿Qué tal en la tienda?

—Todo normal. Bueno, excepto por la rayada mental que tengo desde ayer con lo de Jessi.

Me mira, con esa mezcla de paciencia y alerta que solo él sabe poner, y deja el tenedor a medias.

—Emma, han pasado veinte años. Era una manipuladora. No merece la pena que te comas la cabeza.

Asiento. Él sabe cosas, las necesarias. Le he contado episodios sueltos a lo largo de los años, pero nunca toda la historia.

—Es que se me ha removido algo, no sé... ¿Te acuerdas de Lena, mi amiga de la isla, la que desapareció justo el día que cumplía veinte años?

—Sí. Nunca me has contado bien qué pasó y yo no te pregunto para no incomodarte.

—Ya... Es que me cuesta hablar de aquello y recordar esa época. La noche de su desaparición yo fui la última en verla. Sus padres la buscaron por todas partes, pero nunca supimos nada. Se decía que se fugó a Italia con un chico, que igual estaba embarazada, que tenía problemas con sus padres, incluso que se había metido en cosas chungas con drogas. Cada uno dijo una cosa, pero lo cierto es que fue como si la tierra se la hubiese tragado. Y la policía tampoco es que buscara mucho.

—Y tú, ¿qué crees que pasó?

—No lo sé. Nos habíamos distanciado. Había cambiado mucho y no se portó demasiado bien conmigo el año anterior. Pero esa noche fue extraña. Recuerdo cosas sueltas: una discusión con las chicas, sensación de culpa.... Pero es como si mi mente lo hubiera borrado.

—¿Y esas lagunas? ¿Tú pasándote con el alcohol?

—Bueno, ese día bebí, sí, pero siempre he pensado que alguien me puso algo en mi bebida. Me puse fatal. No recuerdo ni cómo llegué a casa. Para colmo, me desperté con el timbrazo de la madre de Lena que venía a preguntar si sabíamos algo de ella porque no había dormido en casa.

Me encojo de hombros.

—Después de eso, ya no volví a la isla. Solo he seguido en contacto con Isaac. De hecho, me ha escrito de nuevo esta mañana. Me ha pedido que vaya hoy a la isla. Dice que tiene algo raro que contarme sobre la muerte de Jessi. Y mañana es el funeral.

—¿Vas a ir?

—No me apetece nada volver, pero he tenido terapia esta mañana y tengo que enfrentarme a esto. No sé qué hacer... No quiero ver a la gente, me da mal rollo después de tanto tiempo. No sabría ni cómo reaccionar si me cruzo con alguien del pasado. Además, llevo demasiadas

semanas dándoles largas a mis padres con lo de las cosas del piso y quieren meter a los gremios ya para empezar la reforma. Además, con todo el tema de la fecundación *in vitro* y las visitas a la clínica luego va a ser más complicado ir.

—Hazle caso a tu psicóloga. Creo que ya es hora de quitarte las excusas y pasar por allí. Igual es buen momento para enfrentarte a tus demonios. No puedes vivir siempre con miedo a la gente o a los recuerdos del pasado. Además, si tenemos un hijo estaría bien poder ir algún verano a la isla. Yo creo que lo disfrutaríamos un montón.

—Tienes razón. No sé, puedo ir este fin de semana, así me obligo a salir y a exponerme a la gente y a los malos recuerdos. Además, estará Isaac, que no es como ir yo sola. Y tú trabajas, así que tenía pensado quedarme aquí tejiendo y viendo series. Pues mira, cambio de planes. Esto va a ser difícil...

—¿Quieres que te acompañe? Puedo cambiar mis turnos de guardia con alguna compañera. ¿Cómo piensas traer las cosas del piso? Con lo que te gusta todo lo *vintage*, seguro que querrás rescatar la mitad. Además, estás con la medicación de las hormonas. Y con la cosa que te dan las agujas, no sé si vas a ser capaz de hacerlo sin la ayuda de tu señor marido y enfermero personal.

—No te líes, voy con Isaac. Lo que quiera quedarme lo aparto para que mis padres lo traigan. Esta noche te llamo y te cuento cómo ha ido la cosa con Isaac. Y prometo quejarme de los pinchazos con todo lujo de detalles.

Paul asiente. Sabe cuándo insistir y cuándo no.

—Me pondría celoso si no supiera que Isaac es el rompecorazones al que besaste de adolescente y que resultó ser gay.

Sonrí, por primera vez en todo el día.

—Voy a avisar a mis padres de que voy al piso. Me dijeron que este finde no iban ellos, que dan lluvia y que se quedan en la ciudad.

—¿Estás segura de que quieres remover todo esto? La extracción de óvulos es en unos días y deberías estar tranquila.

—Lo sé, pero creo que esto ya se ha empezado a remover solo. Y no quiero seguir viviendo con esa incógnita abierta.

—Solo una cosa —añade—: recuerda que tú no eres la chica del 2005, ahora sabes decir que no. Eres una mujer adulta y segura, y sabes quién eres. No dejes que nadie te haga dudar de eso, ¿vale?

Le aprieto la mano por encima de la mesa, me levanto y le doy un beso.

Después de comer me siento en el sofá con el móvil en la mano. Isaac está en línea. Le escribo:

Quedamos en la terraza del bar El Puerto a las 18:30. ¿Tè va bien? Tengo un ferry a las 17:30.

Miro de nuevo el mensaje después de enviarlo. Hace tiempo que no nos vemos y esto no es un reencuentro cualquiera. Sé que esta historia no se va a resolver con una charla rápida y también sé que algo se ha activado dentro de mí, algo que no puedo volver a dejar pasar, como hice con lo de Lena.

No es solo por Isaac ni por mis padres, ni siquiera por cerrar heridas del pasado. Es por mí, porque no quiero seguir atrapada en una historia incompleta que me acompaña desde hace veinte años. Si de verdad quiero ser madre, necesito entender qué tipo de persona fui aquella noche y quién soy ahora. Si voy a cuidar de alguien, tengo que saber primero cómo cuidar de mí misma, incluso si eso significa volver a mirar de frente aquello que nunca he podido recordar del todo.

Isaac responde enseguida:

*Allí estaré. Estoy deseando contarte lo que he descubierto.
La gente suelta mucho la lengua en cuanto le invitas a dos*

*cervezas. Por cierto, trae impermeable y paraguas: estos días
llueve y hace fresco cuando se va el sol.*

Siempre tan atento.

Isaac y yo siempre fuimos los raros dentro del grupo. Mientras los demás se dejaban arrastrar por las dinámicas de poder de Jessi y Lena, Isaac tenía su propio criterio. Era observador, divertido, el único que nunca me juzgó ni me hizo sentir menos.

Cuando todo se desmoronó aquel verano, fue el único con quien seguí hablando. Él supo salir de aquel grupo mucho antes de que me echaran de él.

Capítulo 5

Estoy en el ferry rumbo a la isla. Es un barco mediano, de dos plantas: abajo entran unos quince o veinte coches, encajados como piezas de un puzle; arriba, los pasajeros elegimos entre sentarnos bajo techo o quedarnos de pie en la cubierta, al aire libre. Yo he preferido acomodarme dentro, junto a una ventana. He sacado la labor, aunque, más que tejer, observo el cielo encapotado: tiene pinta de que va a llover. Aunque el fin de semana han dado lluvias, el ferry va hasta arriba. Es viernes y los de la ciudad escapan a sus segundas residencias, buscando descanso.

Me repito que no pasa nada, que puedo con esto, que al fin y al cabo es solo un viaje más; pero ahora que el motor ruge y la costa se difumina detrás de mí, ya no estoy tan segura de haber tomado la mejor decisión. Fui valiente delante de mi psicóloga. Volver a la isla sonaba razonable, pero una cosa es decirlo en consulta y otra muy distinta es estar aquí.

Isla Ballena, así se llama. Pasé tantos veranos allí... No he vuelto desde hace veinte años. Aun así, recuerdo muchos veranos como si no hubiera pasado el tiempo.

La isla no tiene forma de ballena ni nadie ha visto nunca una por allí. Ni siquiera los ancianos del puerto

saben explicar por qué ese nombre. Algunos dicen que, hace siglos, varó una ballena en la costa norte y que desde entonces se le quedó el nombre. Otros creen que es una traducción mal hecha de alguna palabra antigua que no tenía nada que ver. Lo único seguro es que no hay ballenas y que nunca las ha habido. Pero, para los que crecimos allí en verano, es simplemente la isla.

Hay dos zonas muy marcadas: el pueblo con el puerto, el faro en lo alto del acantilado, casas encaladas, redes secándose al sol y olor a pescado desde las siete de la mañana; y la zona de la playa, más tranquila, con edificios bajos de tres o cuatro plantas, piscinas, algún hotel y veraneantes que vuelven cada año al mismo apartamento.

En los 2000 los veraneantes de la ciudad éramos «los de fuera» y los nativos que vivían allí todo el año, «los del pueblo». Los del pueblo eran más cerrados. Gente tradicional, muchos pescadores o gente con oficios duros, y costumbres que no se tocan. Con el tiempo asumí que los de la ciudad no les gustábamos. Nos toleraban porque traíamos dinero en verano, pero en el fondo nos miraban como si fuéramos una invasión.

De igual manera que en la ciudad, la fama de la gente de la isla tampoco era, ni es ahora, la mejor: gente

ignorante, problemas de drogas, madres adolescentes... *La crème de la crème*.

Por aquel entonces los piques eran constantes, sobre todo entre los chavales: que si las chicas de la playa éramos unas pijas que íbamos de finas, que si los chicos del pueblo eran unos garrulos sin neuronas y medio delincuentes —algunos sin el *medio*—. Diría que la tasa de hermanos encarcelados entre amigos y conocidos era más alta que en ningún otro sitio del país.

Los fines de semana por la noche era fácil presenciar alguna pelea en la zona de bares entre grupos de chicos del pueblo contra grupos de chicos de fuera. A veces incluso hubo navajazos y sillas volando. Por no hablar del tráfico de drogas, que era más que evidente. Sábado sí, sábado no, había alguna redada.

Siendo un pueblo, no faltaban los rumores, por supuesto. En Isla Ballena corrían más rápido que el viento. Si un verano besabas a alguien que no debías, al día siguiente lo sabía hasta la pescatera.

Incluso si no lo habías besado, se inventaban que sí y ya estabas marcada. Y si eras diferente, mejor que tuvieras un plan para largarte en cuanto pudieras.

Hoy en día quiero pensar que las cosas han cambiado, que la gente no es tan homófoba, machista ni racista, o que no juzga a los que se divorcian o toman

decisiones impopulares. Pero la verdad es que no pondría la mano en el fuego.

Aun con todo eso, la isla tenía algo que te enganchaba, tengo muy buenos recuerdos.

El ferry avanza con ese traqueteo constante que a algunos les marea y a otros, como a mí, les calma. Las olas golpean el casco, las gaviotas gritan como si alguien les debiera dinero y la brisa húmeda me acaricia la cara. He traído el jersey de punto que tengo a medio tejer, a ver si avanzo y termino al menos una manga para el domingo.

En los auriculares suena *Linger*, de The Cranberries. Es mi grupo favorito de toda la vida, en parte gracias a Isaac, que me los redescubrió.

La canción es suave, melancólica, perfecta para este momento suspendido entre el presente y el pasado. La letra no es precisamente alegre: habla de la decepción, de la mezcla amarga de sentimientos cuando alguien en quien confías te traiciona, pero tú te agarras igualmente al recuerdo de lo que fue, o de lo que esperabas que fuera.

No es el caso de Isaac, él siempre fue un buen amigo.

Estoy tratando de recordar cómo nos conocimos... Fue en el verano de 2001, cuando llegó a la isla.

Su madre compró el último piso del edificio junto a la playa donde Lena y yo vivíamos. Es madre soltera, así

que te puedes imaginar lo mucho que dio eso que hablar en el pueblo. En esta isla todo el mundo juzga sin saber.

Mi familia tenía el segundo piso. Lena vivía en el primero e Isaac en el tercero.

Lo reformaron entero y organizaron una barbacoa en la azotea comunitaria con todos los vecinos para inaugurar la casa. En la isla, eso era importante. Era su forma de decir «no somos veraneantes estirados y nos relacionamos con la gente».

El día de la barbacoa, Lena, Isaac y yo nos hicimos amigos y empezamos a hacer planes juntos. Después, Isaac se unió al grupo con Jessi, Ámbar y los demás.

Pero se notaba que Isaac no caía bien a los chicos del grupo, a los del pueblo. Le miraban raro desde el primer día. Era demasiado extrovertido, demasiado libre, demasiado inteligente, demasiado él, así que estaba más con las chicas.

Aunque aún no lo sabíamos, encajaba poco en un sitio donde todo lo que no se entiende se convierte en chisme o burla. En esa época, ni él ni yo sabíamos lo caro que se pagaba aquí ser diferente.

A Isaac le fascinaban las pelis raras para tener solo dieciséis años: decía que *Trainspotting* era una obra maestra y se sabía diálogos enteros de *Pulp Fiction*.

No se cortaba un pelo en decir lo que pensaba: si alguien hacía un comentario fuera de lugar, le paraba los pies sin dudar, aunque eso le ganara enemigos.

Tenía carácter, además de carisma y labia. Le encantaba hablar con todo el mundo, desde el camarero del bar hasta la señora del ultramarinos —sobre todo con el camarero del bar—, y tenía esa capacidad extraña de hacer que la gente confiara en él. Así que siempre se enteraba de todo antes que nadie.

Los cotilleos le fascinaban, pero no por maldad. Lo suyo era más por tener tema de conversación que por el chisme en sí. Ya entonces se notaba que le gustaba escuchar y entender a la gente.

Una vez nos dijo que quería dedicarse a contar historias; que no sabía si lo haría con una cámara, en una redacción o escribiendo libros, que solo sabía que quería contar cosas que importaran.

Siempre llevaba un cuaderno encima donde apuntaba ideas para escenas, frases que escuchaba o historias que se inventaba mientras hablábamos.

Era de esos que te hacían sentir que el mundo no empezaba ni terminaba en la isla.

Y por eso fue amistad a primera vista. Nos hicimos inseparables desde el primer día.

Recuerdo una tarde en la que dimos un paseo hasta el faro los dos solos. No sé muy bien por qué, quizás porque era lo que se supone que hacían los de nuestra edad, pero al llegar allí nos besamos. Al instante nos miramos y nos dio un ataque de risa. Supimos, sin decirlo, que lo nuestro era otra cosa: una buena amistad y para de contar.

El verano siguiente me lo dijo: era gay. Fui la primera en saberlo y, la verdad, no me sorprendió. Fue como si me dijera que era vegano. Creo que eso me habría impactado más.

También fue ese verano cuando decidió que lo del cine le quedaba grande, aunque sigo pensando que no tenía razón. Él decía que, en realidad, quería ser periodista.

Y eso lo cumplió.

No tengo ni idea de lo que ha descubierto, pero, si me ha pedido que venga, no será ninguna tontería.

Capítulo 6

Veo a Isaac en la terraza del bar El Puerto, mirando al mar y con ese gesto ausente que le salía cuando pensaba demasiado.

Lleva unas gafas de sol totalmente innecesarias para un día tan gris como hoy, una barba muy hípster y un abrigo negro que le da un aire de periodista bohemio.

Se levanta al verme y sonrío.

—¡Qué guapa! Estás igual que siempre.

—Anda ya. Mis canas no opinan lo mismo. En cambio, tú estás más interesante que nunca con esa barbita —le digo abrazándolo con fuerza.

Nos sentamos. Él pide otra cerveza y yo un agua con gas.

—¿Qué tal andas? Ya veo en Instagram que sigues a tope con la mercería.

—Pues la verdad es que estoy feliz. Tengo varios grupos con alumnas, tejemos punto y ganchillo. Algunas hasta creen que soy sabia y todo, pero en realidad son ellas las que me enseñan a mí. Yo solo les ayudo con las

matemáticas, para que sepan calcular mejor las medidas de los jerséis que tejen. Pero lo cierto es que muchas solo vienen a contar sus penas y pasar el rato, ¡ja, ja, ja!

Isaac se quita las gafas, me coge las manos y dice serio:

—Emma, me da rabia haber estado tan desconectado últimamente.

—Bueno, es normal, cada uno va a lo suyo, con la rutina, la distancia... Al final cuesta mantener el contacto. No es solo cosa tuya, va en las dos direcciones.

—Creo que la última vez que nos vimos fue estando tú ya casada con Paul.

—Sí, en la fiesta sorpresa que preparó para mi cumpleaños, el mismo año de mi boda. Me casé hace tres ya... Qué fuerte.

No sé por qué, pero estar con Isaac siempre hace que me sienta como si el tiempo no hubiera pasado, así que no me cuesta contarle detalles más íntimos de mi vida.

—Aquella noche, justo después de la fiesta, tuvimos una conversación seria sobre ser padres.

—Ostras.... No me digas que voy a ser *tío*... —dice, marcando las comillas con los dedos.

—No, aún no, pero llevamos intentándolo desde entonces. Ahora estoy en pleno tratamiento hormonal

para hacer la *in vitro*, así que no me iré muy tarde porque me toca darme unos pinchazos antes de dormir.

Isaac se queda callado un segundo. Me mira con esa mezcla de cariño y cautela suya.

—¿Y tú cómo estás con todo esto? Siempre dijiste que no sentías ese instinto maternal.

—Bueno, tampoco creas que me visualizo como madre. A veces me miro al espejo con la barriga hinchada de las hormonas y pienso: «¿Qué estás haciendo?». Pero también me he sorprendido teniendo sueños raros en los que tengo un hijo que me adora. Es que con Paul empecé a ver la vida de otra forma. Me lancé con miedo, claro, aunque por suerte tengo una psicóloga estupenda que me ayuda mucho.

—Yo también tengo la mía, no eres la única con taras —dice soltando una carcajada.

—Bueno, pero que sepas que esto del tratamiento no se lo he contado a casi nadie, solo a nuestros padres y ahora a ti.

—Jo, pues gracias por contármelo. Y te lo prometo: cero presión. Cuando llegue el momento, si llega, estaré listo con una tarta de pañales y champán sin alcohol.

—Serás de los primeros en saberlo.

Isaac ríe. Hay algo cálido en su cara, pero también una sombra que no le abandona.

—Y tú, ¿dónde has estado?

—Buscándome... Londres, luego Berlín y la última etapa en Manhattan. Trabajaba en un periódico potente, pero todo fachada. Mucho nombre pero poca alma. Y vivir allí es una puta ruina.

—¿Has vuelto para quedarte o cuál es el plan?

—Sí, de momento me quedo en casa de mi madre. Además, ya tocaba cerrar etapa como periodista y quitarme la espinita de escribir ficción... —Me mira como si estuviera a punto de soltarme un secreto—. Aunque me dé miedo gafarlo te lo voy a contar, venga... Estoy escribiendo un libro sobre narcotráfico. Y dime, ¿qué mejor sitio para inspirarse que esta isla?

Ambos reímos, pero su tono cambia.

—Por desgracia lo de Jessi ha trastocado un poco mis planes.

Le cambia la cara. La mirada se le oscurece, como si hubiera estado conteniéndose todo este tiempo.

—Lo que te voy a contar no es solo raro, es inquietante. Y creo que tú tienes más piezas del puzle de lo que crees.

Me quedo helada. Algo en su tono me revuelve por dentro, como si mi cuerpo reconociera un peligro antes que mi cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, bajando la voz.

Justo entonces, un trueno nos interrumpe, obligándonos a levantarnos a toda prisa.

—Mejor entramos y te lo cuento con otra cerveza, esta vez mejor sin alcohol, que luego he quedado y no quiero presentarme achispado —dice Isaac.

Bien, mejor, no me gusta estar con alguien cuando se le nota que ha bebido, me incomoda. Me cuesta saber cómo comportarme, porque no sé si sigo hablando con la misma persona o con una versión editada por el alcohol.

Al entrar me da un escalofrío. Se me llena el cuerpo de una nostalgia rara que me provoca una sensación muy mala. Este sitio es el último lugar que pisé, todavía lúcida, la noche en la que Lena desapareció.

Dentro huele exactamente igual que hace veinte años: a cerveza rancia y madera húmeda. Todo sigue en su sitio: la barra con el acolchado de polipiel medio pelado, las luces bajas que no disimulan el desgaste, las mesas cojas y las sillas que crujen al mínimo movimiento. El pequeño escenario aún sobrevive, quizás ahora lo usen para algún concierto acústico de tarde en tarde. En la tele está puesta una *playlist* de Bon Jovi como banda sonora.

Aprovecho que Isaac pide en la barra para ir al baño.

Empujo la puerta del aseo y el ambientador dulzón me golpea en la cara. Es el mismo olor que había cuando

abrían el bar los sábados en la época en que empezamos a salir de fiesta, un intento torpe de disimular el tufo a pis y vómitos de la madrugada anterior. Todo parece igual. Pero yo no soy la misma, aunque a veces no estoy tan segura. Muchas veces me sigo sintiendo como una adolescente en el cuerpo de una casi cuarentona.

Las puertas de los retretes siguen cubiertas de pintadas con rotulador permanente. Algunas están intactas, otras han palidecido con los años: «Las cinco reinas del puerto estuvieron aquí (agosto 2001)», «Jessi X Leo», y «Jessi canta, el mundo calla».

Cuando empezamos a salir de fiesta te dejaban pasar si tenías dieciséis o si parecías tenerlos y no montabas escándalo. Hacían la vista gorda, sobre todo si eras chica. Nadie te pedía el carnet para servirte alcohol mientras no te desmayaras en la barra.

Justo entonces suena *It 's my Life*, de Bon Jovi, lo que hace que retroceda en el tiempo hasta mi primera noche de fiesta durante el verano de 2001...

¡Gracias por leer hasta aquí!

"Escribir es un acto solitario, pero una historia solo cobra vida cuando alguien la lee."

Si te ha gustado lo que has leído hasta ahora, puedes encontrar el libro completo [en Amazon aquí](#) (ebook y papel)

¿Seguimos en contacto compartiendo historias de misterio?

Puedes escribirme a escritoralauren@gmail.com o en mi Instagram @lauralofer.

¡Mil gracias por tu apoyo!